

Lafayette y Foy, de lo que tuvieron que hacer los miembros de los partidos liberales para asegurar la libertad de la ciencia, y eso era llamar al mundo de la política candente á todas las inteligencias. Los diferentes gobiernos son atacados en su base, y por encima de ellos se tira sobre los ineptos Borbones que reinan en Francia; los lazos de la disciplina se rompen, y lo mismo en el campo de la política que en el campo del socialismo, todos parecen presos de la fiebre de las innovaciones y de las reformas. Es en este momento cuando para recoger los trabajos de los políticos aparecen la *Revista de París*, *La Moda* y el primer ensayo de la *Revista de ambos mundos*,—1829.

Los Bonald y los Lamennais se asustaron de ese signo de los tiempos y se sintieron conmovidos hasta en lo profundo del corazón. «Todas las existencias privadas,—decía este último,—Julio de 1829,—se sienten quebrantadas por la movilidad de la legislación y del sistema administrativo; nadie puede contar en nada; de aquí ese sordo descontento universal; ese profundo disgusto; esa penosa incertidumbre, y esa especie de empobrecimiento de la vida pública.»

Lamennais, como ya hemos dicho, pretendía también conocer la receta para remediar sobre la marcha los males de que padecía la humanidad, y hemos visto también cómo insensiblemente se había ido colocando en la pendiente de la rebeldía, al verse de un lado desautorizado por el papa y del otro contrariado por la monarquía.

«Pues bien, á contar de ese momento, Lamennais tomó puesto en las filas de la democracia, diciendo que su vocación le llamaba á reclamar para los católicos oprimidos la libertad que se les había arrebatado, y de cuyo nombre sólo se servían para espantarles. En el momento mismo en que el oscurantismo principiaba á pasar de moda,—á partir de 1829,—escribió su libro *Sobre los progresos de la Revolución y de la guerra contra la Iglesia*,—1829,—en donde consignó todas las doctrinas que más tarde desarrolló en el *Porvenir*. Indignado de la manera con que los jesuitas y todos los gobiernos católicos trataban los intereses de la religión y de la Iglesia, reclamó la libertad de cultos y la independencia de la Iglesia del Estado; animado por la idea de conciliar el catolicismo y el liberalismo, representó el cristianismo como la garantía de todas las libertades legales y enseñó que Jesucristo había libertado al género humano, no sólo en el sentido espiritual, sino en todos los sentidos posibles.

»De esta manera, su celo religioso llevó á La-

mennais hasta las concepciones de los sansimonianos, con la sola diferencia de que contaba renovar el antiguo lazo del cristianismo que Saint-Simón rompía...

»Aplicando á Lamennais las ideas etnológicas de Gerard, se podría decir que si en la poesía romántica los elementos anglo-alemanes habían ejercido su influencia sobre la población franca de Francia, y si la cuna gala se había abierto al seno del socialismo, Lamennais estaba dominado por el espíritu de los pueblos latinos. Sólo que, todas esas direcciones separadas, al proseguir su marcha, acabaron por reunirse en una democracia de todo punto moderna. Tal fué su desenvolvimiento también en Lamennais, cuando llevado á dudar de la posibilidad de conciliar la Iglesia romana y la libertad, renuncia más tarde al dogma; interpretando el cristianismo en un sentido popular, y concordándose con las ideas de igualdad tales como las proclamaban los reformadores socialistas, se apoya particularmente en el derecho de los hijos de Dios, en la fraternidad y en el amor, como en el principio del cristianismo, del cual era la *charitas* para él la virtud principal.

»Mas, aun antes de llegar á esas conclusiones, Lamennais, tan pronto hubo publicado su nueva obra, fué considerado en todas partes como un rebelde. Sus amigos le veían expuesto al peligro de ser estigmatizado como un nuevo Luther. Un espíritu neutral, tal como Ballanche, encontraba que la duda, ese mal genio de la época, había roído su alma de una manera casi tan profunda como la de lord Byron, duda á la cual, según su propia doctrina, estaba fatalmente arrastrado por la sobrada grande confianza que concedía á la razón individual. Los jesuitas estaban indignados por sus ataques; sus adversarios profanos le acusaban de predicar la revolución y el regicidio. Reunióse el cuerpo diplomático á fin de obtener, según los deseos del gobierno francés, que su libro fuera condenado en Roma; los obispos afluyeron á París, como si el fuego se hubiese declarado en sus diócesis; el arzobispo de París hizo leer un mandamiento en todas las iglesias,—Febrero 1829.

»El libro de Lamennais puso en conmoción todos los círculos, pero dejó precisamente indiferente al pueblo, á quien sólo debía dirigirse. Este hombre de una ambición efervescente, que medía á los católicos franceses por su propia naturaleza completamente individual y aislada, se vió todavía en ese momento fallido en sus tenaces opiniones. «Ese nuevo Pedro el Ermitaño, envió su poderosa voz á todos los ecos del horizonte,» pero el eco no res-

pondió más que en un solo punto, en Bélgica. Lamennais,—como se lo hemos oído decir á otros franceses que de ello se han jactado,—había hecho de sus ideas armas ofensivas; pero las había cargado demasiado, así estallaron entre sus manos sin producir ningún efecto.»

Debíase esto á la imposibilidad de que por de momento se fijaran en Francia las ideas. La Revolución había desacreditado la filosofía, y ya hemos dicho con qué rencor Napoleón perseguía toda ideología, recordando sin duda que Goethe decía que todo lo que es ideal es revolucionario. Así la época imperial fué pobrísima, y la escuela filosófica del siglo XVIII, la escuela sensualista se extinguió con Cabanis en 1808, sin que sus amigos Danon y Fauriel recogieran su herencia.

La filosofía había de renacer en Francia al empuje de la reacción católica. Los hombres de ese primer período de lucha, de renacimiento filosófico, no merecen sin duda el nombre de filósofos, son en uno y otro campo verdaderos demagogos de la ciencia; los unos, como Chatelain y de Pradt, quieren que á toda costa se vuelva á la antigua fe de la Iglesia, y á esto tira el clero dominante y el mismo gobierno de Francia. A esta insensata reacción, naturalmente se contestó con el insensato ataque dado al sentimiento religioso por Touquet, y por todos cuantos creyeron que la manera de defender la libertad del pensamiento era volver á Voltaire y á Rousseau, cuyas obras volvieron á estar de moda, tanto, que se ha calculado que de 1817 á 1824 se vendieron treinta y un mil seiscientos ejemplares de las obras de Voltaire y veinticuatro mil quinientos ejemplares de Rousseau.

Se comprende, pues, que esta lucha tomara desde luego un carácter eminentemente político, personificándola en *El Correo* los dichos Chatelain y Pradt, y en *El Globo* Etienne, su director, Jay y Dumoulin; y que por lo mismo se acabara por procesar á este diario. Cuando la lucha llegó á esta altura, se involucró en ella á los hombres que cultivaban la filosofía por la filosofía, por cuanto, no apoyaban solamente las doctrinas tradicionalistas.

Royer Collard había abandonado sus dos cátedras de la Escuela Normal y de la Sorbonne á un joven extravagante, de ardiente palabra y de gran entusiasmo por la filosofía, quien, siguiendo la marcha trazada por su maestro, continuaba defendiendo los principios de la escuela escocesa, llevándolos, empero, á conclusiones muchas veces tan imprevistas como avanzadas, esto debido á la filtración de las doctrinas alemanas que recibía del grupo de filó-

sofos que se reunía en los salones de la Staël, lo cual le llevó á Munich en donde conoció á Schelling y á Hegel, á quienes declaró desde luego como los verdaderos maestros y representantes de la filosofía y de los tiempos modernos. Este hombre era Víctor Cousin.

Mas no por esto entró tan adentro Cousin de la filosofía germánica, que pueda ser considerado como de su escuela; á pesar de haber traducido el manual de *Historia de la filosofía* de Tennemann, continuó siendo Cousin un ecléctico y fundaba este carácter de su filosofía en su manera de considerar todos los sistemas filosóficos como expresando cada uno de por sí una faz de la verdad, de donde su legitimidad y de donde la necesidad de tomar de cada uno de ellos aquella parte de verdad que encierran, para llegar al conocimiento de la verdad absoluta.

Con Cousin se dividía el favor del público inteligente, Jouffroy, catedrático desde 1817 de la Escuela normal, espíritu más sistemático y reflexivo que el de Cousin, cuyo sistema alababa, sin embargo, porque entendía que en el estado en que aquél había encontrado la filosofía, no era posible interesar de nuevo su estudio sino por medio de un carácter seductor y ligero.

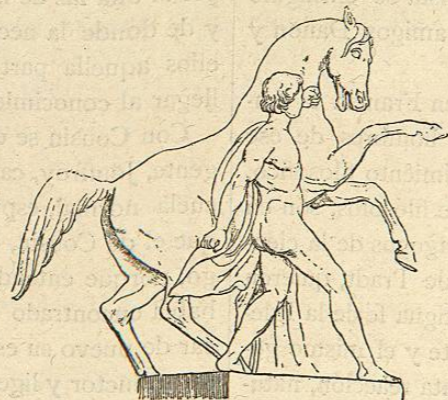
Pues bien; Cousin, lo mismo que Jouffroy se vieron arrojados de sus cátedras por Frayssinous, se cerró la Escuela Normal, y con ellos también se expulsó á Guizot, el hombre de Gante como le llamaban sus enemigos, porque ni aun su eclecticismo liberal podía resistirlo el gobierno intolerante de su tiempo.

Nada, pues, tiene de extraño que cuando á la caída de Vilelle vuelven todos esos profesores á sus cátedras, vengan como otros tantos vengadores de la libertad ultrajada en la ciencia, confundiendo desde el momento la causa de la libertad de la cátedra, con la de la libertad política, y como no, si el mismo Cousin se vió preso en Dresde por orden del gobierno prusiano, cuando suspendido su curso se fué á Sajonia para profundizar la filosofía alemana, por considerársele como un hombre peligroso á causa sin duda de su enseñanza caliente y declamatoria. El espíritu pues de oposición arraigó en la cátedra con tanta energía como en la prensa y en el parlamento, y así se fué acentuando la idea cierta de la incompatibilidad de los Borbones con la libertad.

Pero «el signo característico que distingue á los franceses en el campo del cultivo de la ciencia, es siempre la tendencia á apreciar un fin inmediato. Hasta en las ramas más abstractas de la ciencia tales como la lingüística, no se renegaba del todo

ese signo característico. Dejaremos de lado la filología clásica, en donde los Boissonade, los Naudet, los Leclerc, los Hase, los Letronne y los Quatremere de Quincy unían la ciencia francesa y la ciencia alemana por medio de los lazos múltiples de esfuerzos y de trabajos del mismo valor...

«En 1829, Víctor Hugo decía con un sentimiento de orgullo, que en ese momento Francia había acampado un sabio en cada una de las lenguas de Oriente, desde China á Egipto. Era esta la época en que Champollion el joven, acababa estudios enteramente nuevos por medio de su sistema geroglífico, y en la que los Abel Remusat, S. Martín y Chezy ilumina-



Domador de caballos, por HOFER.—Stuttgart

ban con nueva luz, y en las más diversas direcciones, la historia y la literatura de Oriente. Antes que todos, Eugenio Burnouf aclimató en Francia el estudio comparado de las lenguas, pasando de las traducciones neo-persas del *Zendavesta* hasta el texto original...

»Por la misma época de Sacy ganaba á sus estudios y á sus lecciones de lengua árabe una escuela europea de discípulos reconocidos, para quienes fué siempre un paternal maestro.»

Pero estos hombres no se limitaban pura y simplemente al estudio de la lengua, sino que á la vez difundían el estudio de las antigüedades de los pueblos

que hacían objeto de estudio, de modo que con su lengua estudiaban su literatura, sus instituciones, sus ciencias y artes. Raynouard al estudiar cómo se forman las lenguas romances del latín, extremó la parte del provenzal, pero sus exageraciones produjeron la gran intervención de Díez que demostró en su *Gramática comparada de seis de las lenguas romanas*, como había contribuido cada pueblo á la formación de su lengua.

Sin embargo, «aun cuando por la profundidad de sus trabajos, se acercaron estos hombres á la ciencia alemana, eran de todo punto diferentes de los sabios alemanes en cuanto á su acción personal, pues siempre mantuvieron estrechas relaciones con la vida pública. En tiempo de la Revolución, Raynouard sufrió la suerte de los girondinos; bajo Napoleón y como miembro del Cuerpo legislativo, figuró entre los primeros en hacer la oposición al emperador tan pronto comenzó á vacilar su poder; amigo del orden bajo la República y amigo de la libertad bajo el imperio, se desengañó de la política cuando la Restauración y se entregó exclusivamente á sus trabajos científicos.

Lo mismo podemos decir de Daunon tan sencillo como Raynouard y como éste liberal convencido. Rígido en costumbres y en estudios, era sistemático enemigo de los sabios de la escuela romántica; redactor en jefe y alma del *Diario de los Sabios*, —1816-1838,—trabajó con ardor en la redacción de los tomos XIX y XX de los *Historiadores de Francia*. Pero así como por haberse opuesto en la Convención á la ejecución de Luis XVI, valióle la oposición cinco años de cárcel, Bonaparte le arrinconó tan pronto vió su inquebrantable adhesión á la libertad constitucional. Así imitando á Raynouard y á Royer-Collard, se alejó de la política y se encerró dentro del círculo de los estudios científicos.

Ya se comprende, conocida la marcha de la política, que la ciencia que hubo de forzar más el paso á los acontecimientos fué la historiografía. Lamennais presentía los tiempos nuevos, democráticos y revolucionarios, en los panegíricos que se escribían ya de Robespierre y de Marat.

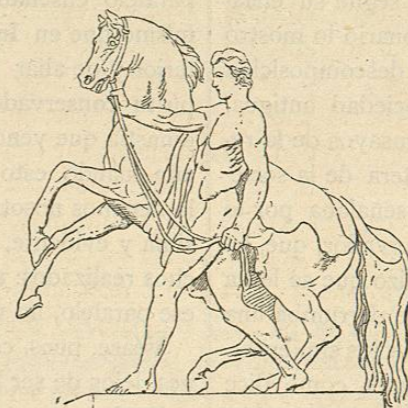
Hemos mencionado los grandes trabajos históricos de naturaleza puramente científica que se continuaban en Francia, como la *Colección de Historiadores de Francia*, y la *Historia literaria de*

Francia. Fué Guizot quien al verse arrojado de la cátedra emprendió la *Historia de la Revolución de Inglaterra* y la *Historia de Francia*, concebidas bajo un cerrado criterio político, preparando así el camino á los Michaud, Poujoulat y Thierry.

Como ya es de suponer, manifestáronse igualmente en la historiografía los dos campos, y Michaud con su *Historia de las Cruzadas* pretendió hacer revivir la fe caballeresca y real de los pasados tiempos, mientras Thierry escribía la historia trascendental, buscando la explicación de los sucesos modernos en el predominio de una de las antiguas razas que han formado la nacionalidad francesa.

Así se comprende que Thierry diera con su *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*, —1825,—motivo para que Fauriel escribiera su *Historia de la Galia meridional bajo la dominación de los conquistadores germanos*, que no se publicó hasta 1836, pero cuyos trabajos preparatorios y principales partes son del tiempo que nos ocupa, de modo que conocidos por sus discípulos y amigos difundieron ese espíritu antigermánico por todas las clases que ya existía por efecto de la guerra y que al ir á desaparecer, revivía gracias á esos trabajos.

Ahora bien, los que así despertaban los odios de



Domador de caballos, por CLODT.—Berlín

raza, de pueblo á pueblo, los que imprudentemente pretendían atribuir la responsabilidad de la revolución al predominio accidental de la raza céltica, y la guerra napoleónica al predominio de la raza gala, y la seriedad del gobierno á la raza franca, y la cultura de la nación á la raza latina, dividiendo á la nación francesa, se escandalizaban contra los que buscaban en la historia la explicación de los hechos recientes, ó bien la escribían con un fin preconcebido, ó pretendiendo simplemente imponer ó hacer prevalecer su opinión á los lectores.

Cierto, los que de 1820 á 1830 pretendieron vindicar la Revolución y el Bonapartismo delante de los Borbones, hicieron historia de partido, y se comprende que el historiador puro, el que se sintiera suficientemente desligado de su tiempo se indignara, pero la verdad es que todos escribían animados por una idea preconcebida, aun cuando sólo Michaud representara el retroceso, pues el mismo Barante, con su romántica *Historia de los Duques de Borgoña*, no dejaba de escribirla con los sentimientos propios del romanticismo.

Distinguendo ahora entre la verdadera literatura político-histórica, y la historia política, vemos que

entre los primeros hay que contar á los historiadores militares, lo cual se comprende, desde el momento que tan tremendo fin habían tenido los gloriosos ejércitos de la república y del imperio, y cuyo prestigio había de restaurar el patriotismo francés.

Fué como ya sabemos, el joven marsellés Adolfo Thiers, que vió la luz en 1797, pobre de bolsillo, pero rico de entendimiento, con una ambición política tan grande como sus ansias de saber, quien primero acometió el estudio de la *Historia de la Revolución* en su conjunto y con espíritu liberal, tanto, que sus editores no vacilaron al conocer su obra, en sacrificar dos tomos que llevaban ya publicados de la que escribía con el mismo título Bodin, convencidos de la resonancia que iban á adquirir los que escribiera el joven jurisconsulto marsellés, para quien no tenían ningún interés los estudios del abogado.

Thiers fué el primero en ver todo lo que hay de grande, de sublime, en los mismos grandes y sublimes errores de la Revolución y fué el primero que se atrevió á decirlo cuando aún vivían tantos actores y víctimas de los mismos. Así se comprende que

Lamennais lanzara un grito de horror al ver aquella vindicación escrita con seriedad y convencimiento, así de los sucesos políticos como de los sucesos financieros y militares de la época.

Puédese, pues, considerar desde ahora, el efecto que hizo la *Historia de la Revolución*, de Mignet, de un joven de veintiocho años, quien la escribía con una parsimonia y madurez de juicio, que no sólo hacía pensar en un hombre de cincuenta años, sino que á lo menos se estaba á cincuenta años del último de sus actores.

Nada de ese espíritu liberal trascendental que hacía simpática á unos y antipática á otros la obra de Thiers: Mignet exponía los hechos según su encadenamiento lógico; el caos revolucionario lo mostró saliendo del caos monárquico, de la descomposición interna de la monarquía y de la sociedad antigua, de modo que, lejos de ver en los ensayos de la revolución para la reconstrucción entera de la sociedad la obra del espíritu anárquico, señalaba por lo contrario, la obra del espíritu conservador, que levanta en aquel fondo ó suelo movedizo que se le ha legado, el nuevo edificio social que se derrumba una y otra vez por falta de consistencia en los cimientos.

Así no es de extrañar que Mignet, como dice Gervinius, «descontentara con su historia á los historiadores realistas, que creían que los sucesos seguían la vía que les trazaba la voluntad humana,—pragmatistas,—y que pensaban que se hubiera podido dar á la Revolución una dirección inofensiva, si los hombres que se encontraron á la cabeza del movimiento hubiesen guardado una conducta más sabia. Ofendía á los moralistas, que imaginaban que esos decretos soberanos del historiador quitaban toda latitud á la libertad humana. Desconcertaba el liberalismo superficial que encontraba á faltar en el libro de Mignet la viviente parcialidad, que debía ser el pasaporte del historiador avanzado, como así también opinaban los sabios sobrado jóvenes que redactaban los *Anales de Berlín*. Escandalizaba á los espíritus débiles, que levantaban las espaldas, ó entendían anunciar no sabemos qué opinión severa. ya la emitiera Mignet como ley histórica, ya la es-

tableciera Lessing en el campo de la estética. En fin, enfurecía á los hombres del poder y á sus camarillas, que gustaban considerar á las razas reinantes como colocadas bajo la protección particular de la Providencia.»

Intentóse por otro camino la restauración del crédito de la Revolución y de las ideas liberales. Siguiendo los historiadores de ahora el mismo camino seguido por los que durante la época revolucionaria consolaban y alentaban á los suyos haciéndoles ver como la Revolución seguía la misma marcha que la revolución inglesa del siglo XVII, y cómo Bonaparte acabaría como Cromwell; ahora prosiguiendo este paralelo enseñaban cómo la dinastía restaurada, lo mismo que en Inglaterra, incapaz de dar la paz interior y de aliar la libertad y el progreso con el espíritu conservador, dejaría su puesto á una nueva dinastía que vendría á conciliarlo y á unirlo todo, y aun cuando esto no se dijera tan descarnado como lo decimos nosotros, resultaba de una manera clarísima y evidente, como conclusión lógica de los hechos realizados: así no había quien, supeditado por ese paralelo, no viera los Oranges en los Orleans.

Véase, pues, como el advenimiento de los Orleans, lejos de ser la obra de un partido, fué el resultado de una corriente de la opinión madura y reflexiva, que fué á buscar en la experiencia histórica el enigma del porvenir. Por esto los Orleans, apenas se sientan en el trono, adquieren una gran solidez, como que se les ve en el punto de su sucesión lógica, como el resultado preciso, como la conclusión y remate de la Revolución, pues para todos, los Orleans, habían de durar tanto como duraba y dura la dinastía que en Inglaterra reemplazó á los Stuardos.

Si en esto se equivocaron los que fueron estableciendo la analogía entre las revoluciones inglesa y francesa desde la época misma de la Revolución, no significa el fracaso, que erraran en su manera de ver, pues como veremos, los Orleans, efecto mismo de esa solidez más aparente que real, reputándola indestructible, no se consideraron como reyes nuevos, sino como reyes viejos.



CAPITULO IV

EL ARTE

El rey Luis I de Baviera.—Profecía de Schelling.—El arte en Munich.—La Glyptotheca y la Pinacotheca.—Decepciones.—Rivalidades artísticas.—Interésase el público en las cuestiones de arte.—Desarrollo del arte industrial.—Mercantilismo artístico.—Influencia de Baviera en Alemania.—Escuelas artísticas en Alemania y en el extranjero.—La música.

RALLECÍA, como hemos dicho, en 13 de Octubre de 1825, el rey Maximiliano José, llamado por lo bondadoso de su carácter y la generosidad de sus sentimientos el Enrique IV de Baviera, y le sucedía su hijo Luis, de un carácter completamente diferente y de una inteligencia muy distinta.

Ya hemos contado cuánto esperaban de él los hombres liberales y patriotas de la época, y sus veleidades políticas en los días críticos de Alemania en nuestro siglo, cuando llegó á figurarse que á él estaba reservado arrancarla del despotismo francés.

Observadores más profundos hubieron ya de notar, sin embargo, que Luis se había preparado en su juventud, mejor que para la gobernación del Estado y para el mundo político, para el mundo de las artes que parecía dominarlo por completo. Quien este sentido del príncipe descubrió y procuró desde luego sacar de él partido en beneficio de la cultura patria, fué Schelling.

Vivía emigrado Schelling en Munich en 1805, después de haber sido expulsado de su cátedra de Würzburg, cuando en un discurso pronunciado delante de la Academia, sentó el principio de que Baviera estaba destinada á favorecer y á desenvolver

el culto de las artes. Esto dijo Schelling para herir al príncipe en sus aficiones é inclinaciones, y logró completamente su objeto. Luis abandonó sus proyectos de restaurar el brillo imperial de Alemania para ser el restaurador de las artes.

En efecto, en aquel mismo año, Luis visitó á Roma por primera vez, regresando á Baviera con su plan para una Glyptotheca que es aún hoy la gloria de Munich y de Alemania.

Luis había nacido artista y no lo fué por un vicio funesto de su carácter; era un miserable tacaño. Todo lo que atesoraba, príncipe ó rey, todo lo consagraba á la compra de objetos de arte, era el primer mercader artístico de la época, pero no era más que un mercader, y por consiguiente, mezquino y avariento. Jamás pagó una obra de arte como un Mecenas, jamás dió á un artista una recompensa proporcionada á su mérito; los hombres más ilustres no tuvieron nunca que agradecerle sus favores, antes al contrario, habían de estar siempre prevenidos contra su protector, porque éste no compraba nunca sin regatear, ni pagaba nunca puntualmente para que su dinero le ganara el mayor tiempo posible intereses.

Pues bien, este hombre que así procedía con los